

Para el arte de nuestra época, que se funda en el concepto, libre en la poesía, libre en el pensamiento, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia...

De esta modo fue Prieto, lo que no impide que sea el más grande y el más libre de la literatura mexicana...

No vamos a olvidar, de esto no es esta cosa el lugar. Una de las más grandes figuras de la política mexicana, se veía abarcar un periodo histórico de medio siglo, durante el cual, como un astro, ya en plena luz, en eclipse a las veces, por los sucesos de nuestra historia contemporánea, en cuyos torbellinos anduvo envuelto, y en cuyos triunfos cayó parte su corta...

Regrado, sencillo, enemigo de la ostentación, valientemente demócrata, republicano nato y sin recortes, liberal revolucionario, con exaltaciones, no sin cordura, de jacobino, patriota sin miedo, escudriñador del progreso, señor hasta la utopía, tal fue Prieto en política. Puro y sin mancha en el manejo de los intereses públicos, por entre sus manos pasó todo el Pacto de la desamortización sin que se le pagara un grano de oro, vivió pobre y no murió rico.

Integer vultu scurrisquis parus. ¿Y como poeta? ¡Ah! ¡qué altísimo, qué soberano poeta fue Prieto el Divino!

Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía.

Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía. Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía. Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía. Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía. Hubiera regido con más justicia por los juicios de la poesía.

TOMO I - PARTE NOVENA
LETRAS
D. Guillermo Prieto

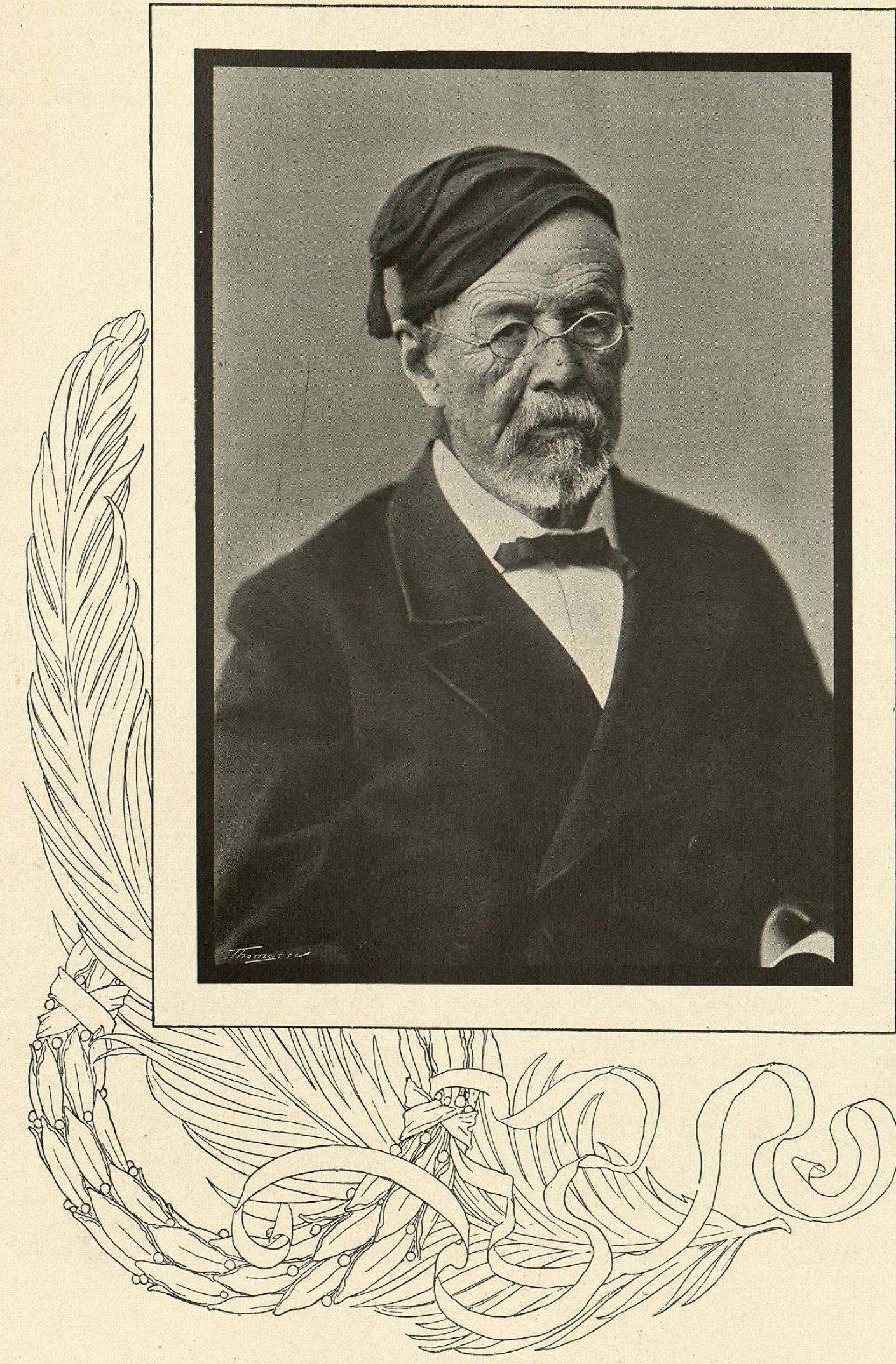
El arte de nuestra época, que se funda en el concepto, libre en la poesía, libre en el pensamiento, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia...

Este Majister Y maestro no como quien, que como regidor grande, grande del espíritu humano que aun orientan su marcha; como Sócrates, como Platon y Aristóteles.

Don Ignacio Ramírez es condensación de un espíritu en tres cosas: en arte, profundo y sagaz, pensador, no se queda en su tiempo, presta su espíritu a los pensamientos todavía no revelados, y viene a ser así el precursor de verdades que aun no se revelan.

Empapado en el estudio de los clásicos, en el estudio de las ciencias, en la intención, acabada en la forma, delicada y esperanzada, y en un espíritu de espíritu sereno, alto, inquebrantable, capaz de hacer cara firme a las amarguras de la vida, capaz de resistir a las seducciones de la fortuna. Es un hombre honrado, reflexivo, profundo, serio, profundidad abajo.

El ignorante por un lado se queda en la ignorancia, el que se dedica a la ciencia, a la historia, a la poesía, a la crítica, a la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia, libre en la crítica, libre en la historia, como historiador y poeta como maestro de la historia...



Eran sus pláticas llanas y familiares, inexhausto venero, inagotable tesoro de enseñanza. De sus labios, carcax de dardos, partían, entre sonrisa y sonrisa, la sátira, la ironía y el sarcasmo, con tal gracia y acierto empleados, que mataban sin ruido usurpadas reputaciones y falsas glorias. Fué temido, sin ser odiado, y si alguien hubiera pretendido que sus epigramas eran engendro de un corazón malsano, contra tal supuesto habría protestado aquella impasibilidad de su broncíneo rostro.

Dijose de él; y él se lo dejó decir, que era ateo, cuando habría sido capaz de inmolar otro gallo á Esculapio y aun alguna doncella á Pan. Semejante vulgaridad cae de sí misma, que él amó lo bello, rindió culto á los ideales y practicó la virtud.

El Nigromante, seudónimo bajo el cual ocultó su nombre á los comienzos de su vida literaria, andando el tiempo vino á ser su sinonimia, y es probable que haya en el país quien no le conozca por otro nombre.

Nadie como D. Ignacio M. Altamirano llegó á ejercer tanta ni más duradera influencia en la literatura nacional. Pruébalo el hecho de que no sólo la generación que él educó, sino las que la han sucedido, le veneran bajo el epíteto de *el Maestro*, título que todo el mundo le reconoce.

Altamirano, que era ya un nombre bien conocido, casi una celebridad, cuando sobrevino la guerra llamada de Intervención, al glorioso término de ella fué á quien cupo presidir la restauración é impulsar el movimiento de las letras patrias, alzándolas á su más alto culmen y apogeo.

La nación, la República, tras rudo y prolongado batallar, tornaba, victoriosa y rescatada, á asentarse en la vieja capital de los aztecas, y no bastándole los mil y mil lauros que había arrancado á la

victoria, mostrábase ansiosa de ceñir también á su frente los de la excelsa Virgen, madre del pensamiento.

Altamirano, consciente de su poder, se hizo el intérprete y realizador de esa aspiración. Y, cosa al parecer singular, este demócrata intransigente, este exaltado, este revolucionario que ganó de sus adversarios políticos el mote de demagogo, fué en literatura un organizador, un fiel observante de los cánones del docto saber, un clásico, para no decir más, en lo que la palabra tiene de aceptable. Volvía Altamirano de los campamentos, á donde lo llevaran sus alientos de patriota, henchido el corazón de generoso entusiasmo, y la cabeza, aquella cabeza coronada de espesos, lacios é incultos cabellos, como Olimpo de ideas, que se anunciaban en el vívido relampagueo de su mirada y exteriorizaba una dicción fácil, abundante, sonora, templada en todos los matices de la gama, meliflua en la plática, en la cátedra ó en la lectura, arrebata y tormentosa en la oración tribunicia.

Dió espacio á los impulsos de Altamirano la iniciativa de D. Luis Gonzaga Ortiz para la inauguración de las *Veladas Literarias*, verdadero Ateneo en que, bajo el modesto nombre de *tertulias*, se congregaban de tarde en tarde los poetas y literatos más distinguidos y los jóvenes que se ensayaban en las bellas letras, de los que no pocos llegaron á conquistar universal aplauso.

Puede decirse que las *Veladas* contuvieron en germen la revista *El Renacimiento*, que apareció en 1869, TOMO I. — 157.



D. Ignacio Rodríguez Galván